



sospechosa para el racionalismo, lo confirma en muchas de sus eruditas observaciones sobre esta materia, de las cuales haremos oportunamente mencion.

¡Ah! ya no está sola la palabra de Moisés; ya no son solamente los libros sagrados de los hebreos los que asignan al Ararat como punto de partida de la especie humana y de la civilización; ya está con la ciencia verdadera, con la crítica y con la historia católicas, la palabra misma de los hijos de la razón, la palabra de la sabiduría humana, según que la investigación va demostrando las huellas de la industria, del comercio, de las lenguas, de las teogonías, del despotismo y hasta de las cenizas y sepulcros de las generaciones todas del Oriente. Ya no son la China ni la India la patria de la eternidad; ya no son sus dinastías tan antiguas como la palabra de los dioses; ya es todo de ayer, ya es todo nuevo; ya se sonríe con lástima el descreído racionalismo de la supuesta antigüedad de los pueblos orientales.

Se ha combatido durante largo tiempo la filiación hebraica, tal vez sin otras pruebas que la de estar consignada en el Génesis, y ha ido á indagarse el origen del pueblo primitivo en los asirios, indos y egipcios, pretendiendo señalar una nueva genealogía á los fastos de la humanidad.

Los sábios orientalistas se mostraron llenos de orgullosa satisfacción de un triunfo, efímero por cierto, en el pasado siglo y parte del presente, cuando la literatura sanscrita fué revelada al mundo moderno, y señaladas las relaciones entre las lenguas europeas y la lengua sagrada de los brahmanes. Los orientalistas tomaron á la letra la inmensidad de ciclos y períodos que hacían remontar la historia india hasta la Creación. En este supuesto, no dudaron un punto en afirmar que la India era la cuna de la civilización; que Egipto era una

colonia brahmánica; el politeísmo griego un sistema concebido en las orillas del Ganges; los chinos, miembros de la raza india; las naciones germánicas, testimonio de la lengua de la India; los mejicanos y peruanos, en fin, descendientes de aquella raza que disputaba su antigüedad al sol. El prurito orientalista cayó por su base, desde el punto en que nuevos concienzudos trabajos y profundas investigaciones vinieron á demostrar el origen del brahmoismo.

Las brillantes hipótesis orientalistas, dice hasta el mismo Laurent, cayeron después de los indicados descubrimientos por su base. El origen de un pueblo primitivo y la nueva filiación de la humanidad, pasaron á la categoría de las fábulas, y quedó de nuevo dueña de las tradiciones históricas la inspirada historia de Moisés.

Ya no fué la China una colonia primitiva, ni la antigüedad de Egipto dejó nublarse por la supuesta de la India; las tumbas, los monumentos, las lenguas y el comercio egipcios, protestaron contra el concepto histórico del moderno orientalismo.

La unidad de la especie humana, la filología, las vías del comercio, las tradiciones, todo conspira hoy á demostrar la verdad y narración mosaica, la existencia de un pueblo primitivo, cuya historia nos es ya conocida bajo el próspero y feliz reinado de los patriarcas.

La misión del Oriente se cumplió: el pueblo primitivo, pudo y debió guardar la observancia de la ley divina, pudo y debió seguir la doctrina de la palabra revelada; en su condición inteligente y libre, se alejó de los destinos providenciales: suya es en la Historia la triste mengua del despotismo, como suya será ante Dios la inmensa responsabilidad de su inmóvil postración en las tinieblas del error, no obstante haber lucido sobre su hermoso suelo la luz del Paraíso y del Tabor.

## CAPÍTULO II

Del Asia en general.—Montes.—Ríos.—Mares.—Comercio.—Castas.  
Lenguas.—Invasiones y conquistas.

Asia: este vasto continente se extiende desde 24° á 188° de long. E., y desde 1° 18' á 76° 10' de latit. N. Su mayor extensión es de cerca de 12.800 kil. de E. á O., y de 8.410 de N. á S.; su superficie total es de 45 millones de kil. cuadrados, y su perímetro es de 57.000 kil. El Asia está situada al E. de Europa, de la cual está separada por los montes y el río Oural, el mar Caspio, el Cáucaso, el mar Negro, el canal de Constantinopla, el mar de Mármara, los Dardanelos, el Archipiélago y el Mediterráneo; al O., el canal de Suez y el Golfo Árabe la separan del Africa; al S., el Asia está limitada por el mar de las Indias; al E., por el grande Océano; el estrecho de Behring, de catorce leguas de largo solamente, entre el Asia y la América, hace comunicar al grande Océano con el Océano Glacial ártico, que baña el Asia al N.

El límite de los conocimientos antiguos respecto de este continente, puede fijarse imaginándose una línea tirada desde el límite del mar Caspio hasta la península de Malaca; y todavía no tuvieron más que nociones muy vagas de muchos países colocados dentro de esta línea. Mas allá de ella, el país de los Seras ó Sinae (China) no era conocido más que de nombre. Sus regiones eran: Asia Menor, Armenia, Parthia, Mesopotamia, Babilonia ó Caldea, Assiria, Siria, Cólquida, Arabia, Persia, India, Scitia ó Sarmatia.

De las tres partes del mundo antiguo, ninguna hay tan digna de llamar la atención del historiador, que no se limita á recorrer algunos pueblos aislados, sino que pretende abrazar todo el espacio, como el Asia, cuna del género humano. Allí es donde tuvo su origen la histo-

ria, y donde durante tantos siglos, en que el Africa estaba envuelta en profunda oscuridad y la Europa salía de ella con demasiada lentitud, se ve lucir sobre el Asia la antorcha que nos revela las grandes revoluciones de que ha sido teatro, rodeadas de una claridad á veces imperfecta, pero suficiente para dar una idea del conjunto y permitir sacar las conclusiones generales para la historia de la humanidad. Cuanto más nos remontemos en la historia; cuanto más estudiemos las tradiciones de los pueblos, sus orígenes y sus primeros destinos; cuanto más comparemos las diferencias de su desenvolvimiento exterior, más y más nos veremos arrastrados hácia el Asia, y más verosímil se hará creer que aquel país fuera la cuna del género humano, aunque el hombre haya podido ennoblecerse ó degradarse en otras partes del mundo y bajo un cielo oscuro por el concurso de circunstancias favorables ó adversas. La historia misma de las ciencias, á pesar de los esfuerzos de Occidente por enriquecerlas é imprimirlas un sello original, nos lleva sin embargo casi siempre al Oriente. Allí es donde también encontramos la patria, no solamente de nuestra religión, sino de todas las demás que á la sombra del despotismo oriental se han elevado á la categoría de religiones dominantes. La naturaleza ha favorecido al Asia de una manera especial por su posición geográfica; sus límites por el Norte se extienden á un grado de latitud, después del cual no hay región habitable para el hombre. Comprende toda la zona septentrional templada, y sus grandes penínsulas meridionales se extienden hasta más abajo de la zona tórrida. La más oriental de ellas, toca casi hasta el ecuador. Las más



ricas y más fértiles comarcas se hallan á los mismos grados de latitud que ocupa el Mediterráneo entre el Africa y Europa. En sus regiones así meridionales como septentrionales reina á su vez un calor y un frío excesivos. La Europa, por el contrario, no parece, por decirlo así, más que un apéndice del Asia del NE.; y el Africa, que se extiende por completo bajo el Ecuador, y que se halla en gran parte dentro de la zona tórrida, no puede ofrecer más que un pequeño país templado, cuyo clima pueda ser comparado con la mayor parte del Asia. La extensión inmensa del Asia, mayor que la de Europa y casi una cuarta parte más grande que el Africa, hace de ella el más vasto campo, y sobre él se ostenta una vegetación variada y preciosa. La Europa no tiene productos de los que carezca el Asia; tiene sí pocos tan perfectos y acabados, pero es por la falta de industria y perfección entre los europeos. El Africa tiene géneros y productos propios de su situación; tiene también negros que no existen en Asia, animales y plantas que no prosperan más que en el Ecuador. Pero por extraña que parezca la naturaleza de Africa al europeo, conserva, sin embargo, mucha más unidad. El habitante de la Cafrería podría en rigor creerse en el país de las costas de la Berbería, porque allí halla con corta diferencia los mismos animales, las mismas plantas y el mismo cielo.

Por el contrario, Asia ¡qué diversidad no presenta en todas sus regiones! La naturaleza es rica y variada en las vastas llanuras de la Mongola, en los florecientes valles de la Cachemira, en las abrasadoras regiones de Bengala, en los bosques odoríferos de Ceilán, y lo mismo del lado opuesto á los montes de la Siberia, cubiertos de nieve, que sobre las costas del Océano Glacial. El Asia tiene, aparte de su posición, otras ventajas notables sobre el Africa. Los mares que la rodean forman por todas partes, pero principalmente por su parte meridional, la mansión originaria de los pueblos civilizados, y los grandes golfos que penetran en lo interior de las tierras reciben los grandes ríos que favorecen el comercio seguro y cómodo de los productos entre los diferentes países. Esta conformidad del continente y esta igual distribu-

ción de ríos, son probablemente las causas principales que hacen que, á excepción de la península de Arabia (perteneciente todavía por la naturaleza de su suelo al Africa), no se encuentren en el interior de Asia tan grandes desiertos de arena, que impiden tantas relaciones comerciales de Africa con los demás países. Aunque el Asia contenga también grandes llanuras, el viajero no está expuesto á los peligros que le amenazan en los mares arenosos del Africa. El Asia interior no comprende más que un solo desierto de esta especie y de análoga extensión, el desierto de Cobi en la pequeña Bucaria; pero este no une más que la comarca del país más oriental, la China propiamente dicha, que la limita por el O. y N. No presenta, pues, obstáculos al comercio entre los demás países del Asia. Para que uno pueda formarse una idea cabal de la naturaleza física del Asia y de las relaciones de sus habitantes, importa mucho ante todo conocer las grandes cordilleras de montañas que cruzan aquel continente, y que determinan en gran parte la calidad de su suelo y el género de vida de sus habitantes. Dos de ellas van del O. al E., y forman con sus ramificaciones, que se extienden al N. y S., uniendo estas dos cordilleras una rauda que tiene la forma, por decirlo así, de un esqueleto, el cual comprende toda la superficie del Asia. La primera de estas cordilleras, que fué desconocida en su mayor parte de los griegos, cruza la Siberia meridional, y es generalmente conocida, aunque sus nombres cambian con frecuencia, bajo la denominación de Altoí. Comienza mucho más arriba del mar Caspio, de donde parte una de sus ramificaciones, conocidas con el nombre de Ural, desde el Norte hasta el mar Glacial. Esta cordillera, que tiene por altura media como unos seis ó siete mil piés, cruza la Siberia meridional y se va extendiendo siempre, á medida que avanza, hacia el Este; luego que llega al Océano, se reúne con otra montaña septentrional de la cordillera del Sur; abraza el país de los tungases y el litoral de la Siberia.

El conocimiento de estas montañas le debemos á los descubrimientos modernos de algunos viajeros rusos. Antes no se tenían más que



ligeras nociones, y muy incompletas; en la antigüedad era casi por completo desconocida (1). Hoy todavía queda allí mucho que estudiar, sobre todo en las partes orientales. La gran cordillera meridional, que se extiende en la misma dirección de O. á E., con el nombre de *Taurus*, á través del continente, ha sido siempre mucho más conocida. Parte de la península del Asia Menor, y ocupa las costas meridionales, en otro tiempo la Pisidia, la Licia y la Cilicia (2). Pasa después por la Arsoenia, donde se levanta á una altura muy considerable, y una de sus ramificaciones, tocando en el Norte, abarca los países conocidos del Cáucaso, entre el mar Negro y el mar Caspio (3). Sin embargo, la gran cadena atraviesa los países situados al E. y SE. del mar Caspio, la Persia septentrional y las provincias, tan renombradas en otro tiempo, de la Hircania, de los Parthos y de la Bactriana, hasta los confines orientales de la gran Bucaria ó de la antigua Sogdiana. Aquí se divide en dos ramas principales: la una toma la dirección del NE., y la otra va al SE.; pero ambas forman, por decirlo así, las riberas de un gran mar de arena, que Herodoto, á quien ya le era conocida, llama con el nombre genérico de *Desierto arenoso*, y que los modernos conocen con el nombre de *Desierto de Cobi*. La cordillera NE., una parte del antiguo Imaüs, llamada hoy por Belur-Daghe monte Cashgar, forma el límite septentrional de este desierto, y pasa por el país de Eygur, la Mongolia y la Sangaria, hasta la frontera de la Siberia, para unirse á la de Altoí. La rama principal de SE. confina con la India septentrional, cruza el grande y pequeño Thibet, y se pierde en la China central sobre las costas del Océano Pacífico. Sus nombres cambian á medida que varían las comarcas: la cadena que va á lo

largo de la pequeña Bucaria, lleva el nombre de Mustag, ó montaña de nieve, otra parte del antiguo Imaüs; las montañas limítrofes de la India, ó los montes Cabaul y Candahar, se llamaban antiguamente *Paropamise*, en prolongación al Este; después el pico de Cabul forma los montes de Himalaya (1), que constituyen la región de las nieves perpétuas, y cuyas más altas cimas nos han sido conocidas merced al espíritu emprendedor de los ingleses, y se elevan á más de 25.000 piés sobre el nivel del mar (2), quitando de esta suerte á las cordilleras del Nuevo-Mundo la gloria de ser los montes más altos del globo. Parten también de esta cordillera varias ramificaciones, que se dirigen en línea recta desde el Sur hasta los cabos de Comorin y de Malaca, y forman los esqueletos de dos penínsulas de la India. La dirección de estas cordilleras de montañas determina el curso de grandes ríos, que tienen su origen á sus espaldas, surcando el continente en todos sentidos.

Sobre la cordillera septentrional, ó sobre las alturas de Altoí y sus ramificaciones, nacen los grandes ríos de la Siberia, los más considerables del antiguo mundo. Con la inclinación que tiene la Siberia hacia el N., hace que corran sus ríos en esta dirección y que desagüen en el mar Glacial, el Irtych, el Jenises y el Lena; son ríos desconocidos á los antiguos, y sólo la geografía moderna da noticia de ellos. Pero los cuatro ríos principales del Asia meridional son ya de antiguo muy célebres; al salir de la cordillera del Sur ó del Tauro, se dirigen hacia el Sur, desembocan en el Golfo Pérsico y en el mar de las Indias; estos son el Eufrates, el Tigris, el Indo y el Ganges. La cordillera que une sobre la pequeña Bucaria las dos ramas del Imaüs y del Mustag, da origen hacia el O. al Gibon ó Oxus y al Sinodarja ó Jaxartes, y hacia el E. á los dos grandes ríos de la China, Ho-hang-ho y Jang-tese-kian. Los dos primeros dirigen su curso hacia el mar Caspio, y ambos, ó al menos el Oxus, desembocan probablemente en este mar, aunque se

(1) Elphinston, *Account of Cabul*, pág. 85.

(2) Después de la medición de Webb, *Asiatic Researches*, vol. XI.

(1) De Guignes, *Historia de los hunos*, t. I, parte segunda, p. III. Abul-Gasi-Kan, *Historia de la genealogía de los tartaros*, pág. 30 et ibi not.

(2) Arrieno, *De la expedición de Alejandro*, v. 5.

(3) El nombre de Cáucaso comprende, según la geografía antigua y hablando con propiedad, las montañas que hay entre los dos mares, aunque se aplique con impropiedad á otras partes de la cordillera del Taurus; por ejemplo, las montañas de la India septentrional. Arrieno, I. c.



pierden actualmente en el lago Aral. Los dos últimos llevan sus aguas por la China septentrional y meridional al Océano Pacífico. Añadamos á estos el Volga ó el Rha (este nombre sólo se le atribuye Ptolomeo), y tenemos ya conocidos entonces los principales rios de Asia, al ménos los que tienen importancia en el estudio de la geografía y para nuestras investigaciones. Porque estos rios, no solamente han determinado la division política de Asia, sino que sirviendo de vias principales al comercio, son sus riberas el asiento de la civilizacion, del esplendor y del lujo que se desplegaron con el desenvolvimiento progresivo de las ciudades orientales. El Asia está dividida por sus grandes cordilleras en tres partes esencialmente distintas entre sí por el clima y naturaleza de su suelo, como tambien por el género de vida y costumbres de sus habitantes. La parte más septentrional, actualmente conocida con el nombre de Siberia, desde la espalda del Altoí hasta el mar Glacial, fué desconocida de los antiguos. Sin embargo de su poca poblacion, y de ser sus pueblos cazadores y pescadores, ofrecen interés al observador, porque le enseña cómo el hombre se puede aclimatar en las comarcas vecinas al polo Boreal, donde el mismo salvaje experimenta molestias para su naturaleza, y donde vive alimentando la esperanza de encontrarse más allá de la tumba en un país, en el cual una caza de rengíferos le indemnizará de lo que le falta aquí abajo (1). Pero la historia no hallará allí más que escasos materiales, hasta tanto que el filólogo no haya allanado las dificultades. Siguiendo las pocas tradiciones que se han conservado de los habitantes de estas comarcas, tradiciones que parece confirman su extension

(1) Véase Georgi, pág. 383 (Beschreibung des Volker des Russischem Reich: *Descripcion de los pueblos del imperio ruso*). La creencia en una nueva existencia despues de la muerte, está, segun él, generalmente extendida entre los pueblos de la Siberia, y se ve que son los habitantes de las comarcas más salvajes los que se hacen la ilusion del estado futuro y feliz, mientras que otros se figuran ser un estado triste, y por esto miran la muerte como una verdadera desgracia, al paso que los otros la ven acercarse con alegría.

y sus costumbres, son por lo ménos en gran parte tribus separadas de las grandes poblaciones del Asia central, arrastradas por las guerras ó por otros motivos extraordinarios á las regiones de las nieves perpétuas, que ningun pueblo hubiera elegido espontáneamente para morada suya.

Los vastos países del Asia central, situados entre las dos cordilleras del Altoí y el Tauro, y en parte ocupados por ellas, ofrecen gran interés al anticuario y al historiador. Estos vastos países están formados de grandes llanuras desde el mar Caspio hasta el Océano Pacífico, bajo el nombre de la gran Mongola, ó segun otros Tartaria (1); están habitados por los pueblos mongoles, calmouks y sougares, y tambien por otras varias tribus, que deben su origen, segun parece, á la mezcla de estas dos razas. Aunque estos países están bañados por algunos grandes rios, de los que la mayor parte se dirigen al mar Caspio, no bastan estos para regar sus grandes llanuras y hacerlas aptas para la agricultura. Por otra parte, estos países son los más elevados de nuestro globo, y hé aquí la razon de por qué no gozan de un cielo tan delicioso como la Alemania meridional y la Italia, sin embargo de estar situados á la misma latitud de 40 metros á 50 grados. No obstante, pocas veces se encuentran allí terrenos de todo punto áridos; al contrario, están cubiertos de pastos y de plantas que en muchos lugares crecen á la altura de los ganados que los pastan (2). La naturaleza de su suelo, hace que falten casi por completo los montes y bosques, cuya naturaleza determina el género de vida de los pueblos que los habitan. Viviendo en estos países, no podian tener morada fija ni entregarse de lleno á la agricultura.

(1) Confundiendo continuamente los mongoles con los tártaros, De Guignes se ha hecho especialmente culpable; hay una grande confusion en la ethnografía y en la geografía. Los mongoles y los tártaros son razas diferentes. La morada de los primeros es el Norte, la de los segundos el Sur de Sir-Daja; de modo que este rio debe considerarse como la frontera de la gran Mongolia y de la Tartaria, propiamente dichas.

(2) *Historia genealógica de los tártaros*, pág. 126, *et ibi not.*



La historia no nos da siquiera un ejemplo; pero en los países que ellos sometieron á su dominacion, cambiaron con frecuencia su vida nómada por la de sus tributarios. Tampoco sus vastas llanuras están cubiertas de ciudades y pueblos, sino de tiendas y campos habitados por hordas errantes, y ocupadas á menudo en muchas leguas en cuidar numerosos rebaños de ovejas, bueyes, caballos y camellos, bastándoles sus tiendas para cubrir todas las necesidades, bien limitadas por cierto. La leche y carne de sus ganados les sirve de alimento, y bien pronto aprenden la manera de prepararse bebidas espirituosas (1). Las pieles y la crin de sus camellos les proporcionan vestidos y fieltro para sus tiendas. Las cañas de sus riberas y lagos les suministran los arcos y las flechas. El suelo de aquel inmenso país es su propiedad comun, y acompañados de sus rebaños, cambian de lugar segun las necesidades de sus ganados.

Este género de vida influa tambien en sus relaciones sociales. Las constituciones políticas, á que nosotros nos acostumbramos desde nuestra infancia, no pueden tener lugar entre ellos, porque estas son el resultado de una vida más tranquila, de propiedades territoriales y de moradas fijas. Son reemplazadas estas con los lazos naturales del parentesco, mucho más íntimo en ellos, y al mismo tiempo mucho más amplio que en ningun otro pueblo de Europa, porque este lazo comprende para ellos, no solamente las familias particulares, sino tambien las tribus enteras, y aun los pueblos. Cada pueblo se divide en varias tribus, que con frecuencia llegan á formar poderosas poblaciones, que más tarde se dividen, segun las circunstancias, en hordas, y cada una comprende un número más ó ménos considerable de familias. Los jefes de las familias y de las tribus reemplazan á los magistrados, son á la vez los jueces en tiempo de paz y los caudillos en tiempo de guerra, y ejercen una autoridad que con frecuencia degenera en despotismo desenfrenado (2). Son tambien frecuentes los

(1) Pallas, *Historia de los pueblos mongoles*, I, página 133.

(2) Pallas, *Historia de los pueblos mongoles*, I, pág. 185, etc.

casos en que los jefes de familia y de las tribus, bien por violencia ó por eleccion espontánea, se hacen dueños de pueblos enteros y despues valientes conquistadores, que á la cabeza de formidables ejércitos, cual otros Ciro y Atila, esparcen por do quiera la desolacion y la ruina, y hasta la misma muerte, en sus ricas y fértiles campiñas, é inundan las comarcas con sus numerosas legiones. La continuacion de nuestras investigaciones nos hará ver que es muy importante, no solamente para la historia del Asia, sino tambien para la historia general de la humanidad, el formarnos exactas y precisas ideas de estos pueblos nómadas, sobre su género de vida y sobre sus instituciones.

Allí tuvieron su origen las grandes revoluciones que decidieron la suerte del Asia y conmovieron á veces el Africa y la Europa. Entraba sin duda en los planes de la Providencia que esta porcion de hijos suyos permaneciese más fiel á la naturaleza. La historia demuestra que la Providencia se sirve de ellos para reemplazar los pueblos degenerados y corrompidos por la molicie y el lujo.

La tercera parte del Asia, conocida con el nombre de Asia meridional, comprende todos los países que están ocupados, ó por la cordillera meridional del Tauro, ó que están situados al Sur de estas montañas, con la península del Asia Menor, donde toma origen esta cordillera. El Asia meridional comienza, pues, á los 40° de latitud septentrional, y se extiende hasta el trópico septentrional, despues del cual, y muy adelante de la zona tórrida, se asientan las tres grandes penínsulas de la Arabia y de la India exterior y ulterior. Abraza, pues, los países más ricos y más fecundos del mundo: el Asia Menor, todas las provincias del imperio de la nueva Persia, del Tigris hasta el Indo, el Indostan septentrional con las dos penínsulas de acá y de allá del Ganges; el Thibet, en fin, y toda la China propiamente dicha. La naturaleza ha derramado todas sus bendiciones sobre la mayor parte de estos países, salva la parte de terreno que por su aridez y elevadas montañas se opone á ello. Gozan de un cielo el más hermoso, y están regados en casi su totalidad por una porcion de rios más ó ménos grandes. Allí